

## Tartanero

Cuando algún día prospere la tesis, no por utópica menos deseada, de que las ciudades se hagan por pares (una, para trabajar, luchar y producir; y otra, para dormir, procrearse y vivir) habrá necesariamente que volver la vista a un patrón ya lamentablemente mutilado, irremediabilmente perdido, de ciudad que se llamó Murcia, y que poco o ningún parentesco tiene con la Murcia apresurada, dinámica, comercial, industrial, servicial o "serviciera" que hoy más que gozar, sufrimos.

¿Cómo era aquella Murcia? ¡Ay, que más quisiera que poder describirla! Sensiblerías aparte, aquella Murcia era la auténtica, la que se había ido haciendo piedra a piedra, esfuerzo a esfuerzo, con manos vernáculas y sillares de las canterías locales. Pero esta otra, actual, ¿qué tiene de propio si los proyectos se firman en Madrid y los asuntos graves se supeditan a la decisión —supongamos que bien intencionada— de los múltiples intereses superiores en juego?

Aquella Murcia no necesitaba de un cuerpo siamés, porque en ella trabajar no era morir, sino todo lo contrario, vivir. Se podía pasear por ella sin miedo a que un coche le planchara a uno el solomillo; se podía caminar sin prisa contemplando los escaparates al hilo de las calles como en un sinfín expositor; se podía lucir la blanca camisa de botonadura negra y los zapatos lustrados; podían los caballeros llevarse la mano al ala del sombrero para saludar respetuosamente a quien menester hubiera... Aquella era una Murcia sedente y sedante, plácida, entrañable, alegre, íntima, acogedora, adorable... ¡Ojalá se pudiera algún día volver a tal patrón de ciudad, una ciudad que plantara a sus artesanos, menestrales y otros laboradores en medio de la calle para que obraran de cara al consumidor sin dar gato por liebre ni percal por seda ni achicoria por café!

En la Murcia de los años cuarenta y cincuenta y hasta sesenta aún era posible encontrar en plena calle a un remendón que ipso facto le chafara a uno las púas del zapato o le cambiara el tacón o le colocara unas medias suelas; o a un tonelero entendido en odres manejando diestramente la abladera, ajustando las duelas y tensando los arillos a gusto propio; o a un fabricante de flautas pelando las cañas ante la expectante mirada de los críos aspirantes a Panes; o a un talabartero que hiciese a la medida un bozal para el perro, una cincha para el caballo o unas tiras de refuerzo para un braguero reparador de quebraduras; o a un "aguao" que a la entrada de la plaza de Toros, es un suponer, le permitiera a uno reparar la fatídica sed con un trago de agua con anises tomado a gollete del fresco botijo.

La de hoy ya no es la misma ciudad. Murcia ha jubilado todos los urinarios públicos; irreparable ausencia que obliga al ciudadano menesteroso de exonerar la tripa a apretar las piernas como los niños, a aguantarse o a tomar, aunque no apetezca, una fanta —previo pago de cinco duros— en la cafetería más próxima. Hoy no se puede solicitar de nadie una componenda o reparación, porque enseguida le lanzan a uno el latiguillo de "esto es cosa de enviarlo a Fábrica..." ¿Qué fábrica? Desconfiad inmediatamente de quienes mencionan los sustantivos sin artículo determinado. ¿Qué fábrica? Antes era la fábrica de la Senda, de la Puerta de Castilla, del camino Viejo de Monteagudo, del Huerto de las Bombas o de Guadalupe; pero ahora se mienta escueta e innominalmente "Fábrica", mayúsculo sustantivo que suena vago, remoto, inaccesible.

En la Murcia de la posguerra todo paseo era una lección, una lección magistral. ¡Cuánto no aprendía un niño viendo al chacinero haciendo chorizos, o al tabernero mezclando caldos en las pipas, o al herrero forjando, o al turronero elaborando pastillas de Imperiales...! ¡Y si entonces el paseo, pasear, era posible se debía a la ausencia de

tráfico, confiado exclusivamente, salvo ocasionales automóviles, a las bicis, las tartanas y las galeras.

González Soriano definía la galera como "un carruaje parecido a la tartana, de cuatro ruedas, y generalmente con lanza para ser tirado por un tronco de caballos o mulas". Cierto a medias. Porque, en realidad, entre la galera y la tartana hay sustanciales diferencias. La tartana es más huertana que capitalina, puede ser un simple carro mejorado, un carro con cualquier tipo de entoldado arriba y con sólo dos ruedas, un carro de los utilizados para fines propios de carga y locomoción, que no suele, en fin, ser tirado más que por una bestia, salvo que en el cómputo entre, mejorando lo presente, el conductor. La galera es mayor en dimensiones, más ciudadana, más a propósito para el transporte público, rueda con cuatro ruedas y tiene un explotador a quien excepcionalmente, sólo excepcionalmente, se le llama galero; pero quien, por lo general, es conocido por el nombre común de tartanero. El cual tartanero conduce desde el pescante su buen caballo o jaca dando enérgicas órdenes no exentas de ternura:

- ¡Arre, Jardinera!
- ¡Amos, Presurosa!
- ¡Sooo, Perlica ...!

Si penoso es que las ciudades que no han conocido la galera se queden sin conocerla, resulta francamente delictivo que Murcia, que las tuvo a cientos, no haya dejado ni una, ni una sola, para recuerdo, ya que no para uso diario como acontece en Sevilla, Barcelona, Roma, Florencia... ¿Dónde están hoy los tartaneros? ¿Dónde las galeras con las que prestaban servicio a la Puerta de la Estación del Carmen, en el Parque de Ruiz Hidalgo, en el Arenal, en San Bartolomé...?

De las parroquias de Murcia  
pasa con razón por ser  
la más rica o menos pobre  
la de San Bartolomé.

Fino, finísimo hilaba Sánchez Madrigal —quien a lo mejor tenía algo de gallego— al componer sus versos. Pero en lo tocante a fineza no le andaban a la zaga los tartaneros, que eran finos como el coral. Y eran de ver las maneras que se gastaban para mezclar los forrajes, y eran también de ver, de mucho ver, las buenas maneras con que lo ponían en las talegas de las caballerías para que éstas repusieran fuerzas mientras aguardaban, pacientemente, la llegada de parroquia dispuesta a gastarse unas pesetas con tal de no cruzar la ciudad bajo el duro caneo agosteoño.

La galera era a la ciudad como el nido al árbol, su gorjeo. Aquel chirriar de ruedas mal engrasadas, aquel tracatrac de la llanta contra los duros cantos del adoquín, aquel suave deslizarse de las pequeñas ruedas delanteras y de las grandes traseras, aquel llevar y traer al circunstancial visitante de la ciudad, al enfermo grave, a la parturienta premiosa o, simplemente, a la pareja de novios a punto de contraer matrimonio en la Fuensanta o en los Jerónimos.

— ¿Cuánto me lleva por acercarme a los Alcázares? —Suba que lo ajustamos por el camino.

El tartanero, buena gente, bullanguero y poco amigo de prisas, era de fiar y muy considerado al echar la raya bajo la cuenta; el tartanero no aspiraba a cobrar más, sino simplemente a cobrar. Tenía sus buenas y malas temporadas, como ocurre en todo oficio; hacía más carreras pequeñas que largas, y mientras el año iba desgranando lentamente los meses, el tartanero aguardaba la llegada de las fiestas.

Ya corren por esas calles,  
los coches y las tartanas  
y se ven llenas de gentes  
las fondas y las posadas.

Las fiestas de Semana Santa y Primavera, la Feria, la Navidad..., eran fechas en que el tartanero se convertía en eje de la ciudad, y para más destacar, para destacar con lujo, lavaba meticulosamente a las caballerías, les adornaba las crines con lazos y los arreos con campanillas y cencerretas, les hacía trenzas en la cola y les rociaba el cuerpo con agua de rosas.

— ¡Eh, tartanero, llévenos a la Plaza!

El tartanero no preguntaba a qué plaza, en un día de la Virgen, dos mozos vestidos con pantalón oscuro y camisa blanca, tocándose con una gorra y un paruelo al cuello, junto a dos guapas mujeres con mantilla de madroños y claveles en el pelo no podían ir más que a una plaza, a la de Toros. Y allí iban, en efecto, a jalear a los diestros.

Cuando se examinan las causas que han determinado, o están determinando, la caída de la fiesta nacional, se aluden muchas y muy fundadas razones; pero ningún sociólogo ha mencionado, que se sepa, la motorización como carcoma de la fiesta. ¡Claro que no pueden gustar los toros a quien sale cinco minutos antes de su casa, se aupa en el seiscientos y se planta en la plaza vestido de domingo! La fiesta hay que vivirla como se vivía antaño; desde la mañana, tomando cañas de cerveza con marisco fresco en El Conejo, La Tapa o El Rhin; oyendo misa a las doce en San Pedro o Santa Catalina; viendo, sin apearse de la galera, salir del Hotel Reina Victoria a los diestros; llegándose a la plaza media hora o una hora antes para instalarse en el lugar de sol —a sol van los clásicos, los entendidos, los que saben: la afición— donde antes habría de dar la sombra; rompiéndose las manos de tanto hacer palmas y libando de cuando en cuando un buen trago de la bota; comiendo bocadillos de jamón con habas tiernas; Y discutiendo, a la salida, acaloradamente las faenas en el primer bar de la esquina, quizá en aquel donde rezaba el cartel: "a la güerta lo venden tinto".

La muerte de la galera fue la muerte de la fiesta nacional. Seguramente. Al menos en Murcia. Pongo la mano en el fuego. El desdén que se hizo al tartanero fue su puntilla. ¡Y con la galera y el tartanero se fueron tantas cosas y tan queridas! ¡Quién no recuerda aquellas romerías nocturnas a la Fuensanta! El día anterior, la víspera, había que preparar el carro, la carreta, la tartana o la galera, adornarlos para que lucieran tanto más que los de los vecinos, cargar el condumio y el bebercio e iniciar, al fin, a las cuatro o cinco de la mañana, la romería cantando y tocando instrumentos de cuerda, percusión y viento. Luego, una vez en el monte, la tartana aparcada hacía las veces de cocina y lecho, parapetaba de las miradas curiosas, servía de sombra a los romeros, de techo a los perros y de aliviadero a los ligeros de vejiga y de mondongo... ¡Cómo va a ser igual la romería actual, una romería iniciada perezosamente a las once de la mañana sobre cuatro ruedas! Sí, con muchos caballos, concedido, pero de los llamados de vapor. La romería que pintó Pedro Flores, ¡ay, Perico!, se basaba en la tartana adornada con flores y helechos verdes, con rosas y clavelinas, con floretas y macollas, con alarises y nardos, con grama y con correhuela; las boñigas eran su aroma; los relinchos de los mulos, su sabía, su sal y su pimienta; los amores de los jóvenes, su futuro. (Futuro por hacer y no sólo por venir, como quería Theilard de Chardin).

Para ir a la Romería en galera había que alquilarla con muchos días de antelación; había que madrugar; había que aprestarse a observar y gozar el despertar de los huertos con sus hilos de árboles bien recortados y mejor floridos... Para volver luego, de

atardecida, cantando con el tartanero, que en ninguna galera murciana, que se sepa, figuró nunca en rótulo alguno el anuncio de "prohibido hablar al conductor", menos el de "prohibido cantar". Y si figuró fue por salvar las apariencias, contando de antemano con que nadie, menos que nadie el tartanero, respetaría la prohibición.

Los tartaneros han ido desapareciendo uno a uno, poco a poco, de la ciudad; así hasta quedar eliminado del todo hasta el último vestigio de aquellos recios oficiantes que no tenían regomello alguno de gritar a su jumento: " ¡Arre, leche, qué eres más burro que yo!" O de aquel otro que dicen que ordenaba a su yegua: " ¡Arre, mula!", y la mula, quieta; y él, otra vez: " ¡Arre, mula!", y la mula, quieta; y él..., hasta que, disgustado con el plante, se lió el mismo la barriguera y comenzó a tirar en punta de la mula y de su alegre galera, arrastrando a la una y a la otra Puente Viejo camino de los Peligros. Y también de Murcia era aquel mudo tartanero que comandaba por señas a su caballo con más efectividad que si usara una espuela.

¡Qué remedio! No tuvieron otra opción los tartaneros que acogerse al ramo que les era más propicio: vendieron sus galeras y se sindicaron taxistas, acuñando con ello la grandísima paradoja de ese taxi de lujo que luce en sus cristales el rotundo, refulgente y esclarecedor título del que fuera un día tartanero: el Tranquilo. A quien todavía hoy se puede ver —y por muchos aros— maniobrando su taxi como si en vez de volante llevara en las manos unas riendas y una tralla.